

Francine

Escribe: NESTOR MADRID-MALO

Retornar, después de muchos años, a una ciudad donde se han vivido experiencias memorables, no siempre resulta grato. Aunque las cosas —calles, plazas, monumentos y museos— sean las mismas y continúen allí con su presencia imperturbable, el entorno humano se ha modificado tanto que sentimos un incolmable vacío cuando nos acercamos a aquellos sitios donde hemos habitado y advertimos que todo ha cambiado sin remedio. Ni un rostro conocido, ni una mirada amiga quedan ya, por esos contornos, de aquellos días de entonces. No hay maneras de volver a atar los hilos de simpatía personal que a esos lugares nos vinculaban, y notamos de pronto que los cabos han quedado sueltos para siempre. La congoja se aposenta en nuestro espíritu, al advertir que ya todo eso pasó y que el tiempo resulta anti-proustianamente irrecobrable.

Eso, precisamente, era lo que le acontecía a Ernesto, mientras regresaba en busca de la estación del Metro, después de haber andado de arriba a abajo aquella calle del XV Arrondissement donde había residido tantos años durante su época de estudiante de “Sciences-Po”. Era en el número 37 de la Rue Duranton, tercer piso, N° 3-A. Cuando tocó el timbre, apareció una portera con aire poco cordial que al preguntarle por la familia Lenormand, se había apresurado a contestarle que allí no vivía nadie de ese nombre, al tiempo que casi le cerraba la puerta en las narices. Insistió y la irritable mujer se avino a dejarlo entrar. Quería averiguar con los vecinos de la tercera planta qué había sido de la familia Lenormand, que habitara allí quince años antes, le explicó Ernesto. Pudo al fin subir, y golpeó en el N° 3-B con ese objeto. Le dijeron que nunca habían oído hablar

de esa familia, pues tenían poco tiempo de vivir allí. Recordó entonces que en el cuarto piso residían los Rochet, que eran muy amigos de los Lenormand. Y hacia allá se dirigió. Tuvo la suerte de que aún permanecieran allí.

La anciana señora en que se había convertido Mme. Rochet le informó que la familia por la que preguntaba se había marchado cinco años antes a Burdeos. "Y Francine?", demandó Ernesto, ya al borde de la angustia. Francine se había casado mucho antes, pero ignoraba dónde vivía. Mme. Rochet no lo había reconocido, a pesar de haber frecuentado tanto a su familia por aquellos tiempos. Tentado estuvo de darse a conocer, pero prefirió marcharse.

Ya en la calle fue hasta la tienda de comestibles que quedaba junto a la esquina de la Avenue Felix Faure, de la cual había sido tan buen cliente. Eran otros los dueños. Lo mismo sucedió en la cigarrería de enfrente y en la panadería de al lado. Ningún rostro amigo. Pero además, en mitad de la cuadra, donde antes estaba el viejo Cinema Auvernia, habían construido un moderno edificio. Al pensar en el Auvernia, todo una cinematográfica avalancha de recuerdos inundó su mente. Cuántas tardes no había pasado allí, en aquel sombrío rincón de la platea, en compañía de Francine, bien unidos y entregados más a besarse que a mirar las escenas de "El salario del miedo", o de "Todos somos asesinos", o de "Juegos peligrosos", entre otros filmes de esa época. Y más allá, donde estaba la Librería Richard, ahora había un negocio de muebles. Qué habría sido de la buena Mme. Richard, que tan amable y comprensiva fuera con él, facilitándole la adquisición de tantos libros? Y de ese modo continuaban los hilos desatados.

Y de Francine, qué habría sido? La dulce y hermosa Francine, que fuera para él, un pobre estudiante sudamericano, todo lo que una mujer inteligente y enamorada puede ser para un hombre. Y, sobre todo, si es francesa. Francine, con quien, de no ser por su mala suerte, ha debido casarse. La noticia de la muerte de su padre no sólo había interrumpido dramáticamente su carrera parisiense sino que lo había alejado de ella. Por casi dos años siguió recibiendo noticias suyas, hasta que de pronto cesaron las cartas. Sí, debió ser cuando ella se casó, a juzgar por lo que le había dicho Mme. Rochet. Oh Francine!

“La fille aux cheveux de lin”, como él le decía, aludiendo al preludio de Debussy.

Había sido un condiscípulo mexicano, que vivía donde los Rochet, quien le había encontrado aquel alojamiento. “Oye, mano, si logras que te admitan allí vas a ser el tipo más afortunado del mundo. La hija de los Lenormand, Francine, es más bella que la Sainte Chapelle! Ya lo verás”, le había dicho, mientras lo conducía hacia aquella casa de la Rue Durantou, donde habría de encontrar la razón de su vida. Francine! Cuando ella les abrió la puerta, todo se iluminó a su alrededor. Y él quedó deslumbrado ante aquella aparición. Como lo habría de estar durante todos esos años que allí vivió. En seguida se estableció entre ellos ese tácito circuito de simpatía que forma el umbral del amor. Y cuando su madre vino para hablar sobre las condiciones del pensionado, fue ella la que, interviniendo oportunamente, obvió las dificultades que se iban presentando. La primera y más importante era que Mme. Lenormand —viuda con dos hijos— parecía no querer arriesgarse a introducir en su casa a una persona tan joven como Ernesto. Pero a Francine tal circunstancia, en cambio, le pareció más que favorable: “Mejor, así nos servirá de compañía a Jean y a mí”, dijo, por último, transando el asunto.

Pero cuando al fin pudo instalarse allí, a quien Ernesto sirvió de permanente compañía —hasta olvidarse casi del resto de sus amigos parisienses— fue a Francine, pues Jean era mucho menor que ella y apenas estaba terminando el Liceo. Ella estudiaba Letras y él Ciencias Políticas, cuyas sedes quedaban más bien cerca una de otra, por lo cual, desde la mañana a la tarde, se hacían frecuente compañía. En efecto, de la Rue Saint-Guillaume a la Rue de la Sorbonne el trayecto era muy corto, y todos los cafés de las cercanías —el Danton, el Relais Saint-Germain, el Flora (donde ya no iba Sartre) o el Deux Magots— se convirtieron en sus fijos lugares de concurrencia. Qué no fue Francine para Ernesto durante esos años! Su amiga, su camarada, su amante, su guía. Y hasta su maestra, pues se encargó de perfeccionar su francés, que tantos defectos poseía aún.

Y además, fue su inigualable cicerone por todo París. Especialmente por aquellos sitios de la ciudad, casi desconocidos, tan ligados a la vida y a la obra de grandes escritores. Por

ejemplo, Ernesto, siempre había querido saber el lugar exacto donde transcurriera Oscar Wilde sus últimos días. Y ella lo condujo al N° 13 de la Rue des Beaux-Arts, para que viese la habitación donde muriera el atormentado escritor irlandés. Y quedó impresionado de su modestia. Lo mismo sucedió con aquellos lugares vinculados al recuerdo de Gérard de Nerval, una figura que él admiraba tanto. Recordaba la dramática estampa de Gustave Doré que representa al poeta loco, colgado de una verja de la Rue de la Ville Lanterne, aquella noche de 1855. En vano había buscado la tal calle por los alrededores de la Place du Chatelet. Hasta que Francine lo condujo un día al foyer del Teatro Sarah Bernhardt, en la citada plaza, para que leyera la placa recordatoria que allí aparece. Según ésta, aquella callejuela quedaba donde hoy se encuentra el escenario del Teatro. Y así con muchos otros sitios del París romántico, que sólo el talento de "connaissanceuse" de Francine podía hacer accesibles para él.

Todo eso era actualizado evocadoramente por Ernesto, mientras ingresaba a la estación del Métro Boucicaut. Acababa de arrancar el tren en dirección Créteil, y se sentó en espera del próximo. El recuerdo de Francine no lo dejaba un momento, y pensó cuán triste había sido ese regreso suyo a París. Para qué había vuelto? Ciertamente era que no había buscado aquella temporal designación diplomática para asistir a un Congreso en la capital francesa. Creyó, sin embargo, que tal vez podría encontrar algunos rastros de lo que había sido "su París" de entonces, en aquella Rue Durantion y, especialmente, en el viejo edificio del N° 37. Tenía la esperanza de que Francine aún viviera allí. Y fue eso, ante todo, lo que sirvió para ilusionarlo cuando le propusieron ese viaje. Pero, ni la sombra de tan adorable ser quedaba por esos alrededores. Se había perdido en la noche irrecuperable del tiempo. Y así, qué había encontrado de nuevo en París? Fuera del lavatorio a que Malraux había sometido a la Opera y a otros edificios famosos, o del adefesio de la Tour Montparnasse o de la Défense, y de la atrevida arquitectura del Centro Cultural Pompidou, nada más en verdad. Y, por el contrario, habían desaparecido les Halles, donde tantas veces había ido con Francine a tomar "soupe a l'oignon" o la inigualable "bouillabaisse" que servían en aquel pequeño restaurante de la Rue Berger.

Bien amargado estaba Ernesto, con esa nostalgia actualizada que había hallado en París como único resultado de su viaje, cuando aquel tren se detuvo, en el andén opuesto, en dirección Balard. Iba a medias, lleno, pues no era hora de punta. Se entretuvo en mirar a las gentes que ocupaban los asientos de la izquierda. Y de pronto, un perfil familiar a medias entrevisto o adivinado apenas —más por su alma que por su mente— lo hizo estremecer. Francine! Y corrió desesperadamente, rumbo a la entrada de la dirección Balard. Fue una loca carrera contra el reloj, y apenas tuvo tiempo de entrar al último vagón, en el momento preciso en que la puerta se cerraba. Como los vagones no se comunicaban entre sí, se estuvo allí, contra los cristales del lado derecho, para ver mejor a las personas que bajaban en cada parada. Por fortuna no faltaban sino dos estaciones, Lourmel y Balard, de manera que le sería más fácil controlar a quienes abandonaban el tren. Cuando este se detuvo en Lourmel, un tropel de gentes bajó. Pero todas se dirigían hacia la parte delantera, donde estaba la salida. Dudó una fracción de segundo y resolvió salir, calculando que tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de dar con la persona que le pareció ser Francine. “Les jeux sont faits”, se dijo. El colmo del infortunio —pensó— sería que no se hubiera bajado allí, siguiendo hasta la destinación final en Place Balard. Y salió a la calle.

Eran alrededor de las cinco de la tarde. El otoño doraba los castaños de la avenida. Todo aquel montón de gentes había desaparecido por entre las cuatro intersecciones del crucero, como tragada por la calle. Sólo algunas, junto a un kiosco de periódicos, compraban las últimas ediciones o miraban ciertas revistas. Decidió pararse en la esquina, con la desesperanza ya bordeando todo su ser. Ni el más remoto vestigio de la mujer que ansiaba encontrar. Se acercó al kiosco y pidió el último número del “Nouvel-Ob”. Mientras sacaba unos francos, alguien que portaba un enorme bolso, se acercó y tropezó con él, haciendo que las monedas rodaran por el suelo. Volvió la cabeza. Algo estuvo a punto de rompersele muy adentro. “Francine!” exclamó. La recién llegada lo miró con extrañeza. Observándola mejor, no podía ser Francine, aunque el parecido era asombroso. “Perdón —agregó—, la he confundido con otra persona”. Y se marchó rumbo a la cercana estación del Métro. Los cabos quedaban inexorablemente separados.